

Lo fonético prima sobre el uso normativo del lenguaje

Entre la carcajada y la tristeza

COVADONGA GARCÍA FIERRO

En esta novela, el lector o lectora va a transitar constantemente entre la compasión y la diversión; entre la carcajada y la tristeza. La trama se centra en la vida cotidiana que tiene lugar en un pueblo del norte de Tenerife y las protagonistas son dos niñas del pueblo. La narración es fluida, aparentemente sin grandes acontecimientos o aventuras fuera de lo común, y sin embargo es profundamente conmovedora. Andrea Abreu López hilvana una historia en la que los estereotipos de género, la homofobia y las pequeñas miserias de la idiosincrasia de los pueblos quedan a la luz, ante nuestros ojos, desnudas.

La autora huye del tono solemne, no intenta construir una novela con grandes artificios ni utilizando un vocabulario elevado o intelectual. Al contrario: sus herramientas de trabajo son la naturalidad a la hora de retratar el lenguaje de las niñas y de los hablantes del pueblo; la sencillez al narrar las ideas predominantes en este pequeño mundo que ha creado, las vivencias y las costumbres de quienes lo habitan; y la autenticidad al describir a los personajes, profundamente humanos en sus luces y en sus sombras. La mirada de las dos protagonistas se caracteriza por la inocencia, es una mirada infantil, naïf, que lo observa y lo expresa todo sin prejuicios ni ambages. Ellas saben cómo se ha ido construyendo el pueblo, identifican perfectamente cuál es la casa de los homosexuales, cuál es la de los extranjeros... Y saben perfectamente dónde tienen permitido detenerse



La autora de este artículo cree que *Panza de burro* “está hermanada con la literatura de otra autora canaria, Acerina Cruz Suárez, que desde la isla de Gran Canaria ha reflejado siempre la cara del turismo

que también nos enseña ahora Andrea Abreu López. Porque el turismo no solo es riqueza para Canarias o empleo, como se suele vender en los medios de comunicación. En muchas ocasiones, el turismo es sín-

nimo de precariedad y de todo tipo de miserias y humillaciones silenciosas, como la de tener que limpiar los excrementos esparcidos por toda la estancia cuando unos clientes terminan sus vacaciones”.

en el camino y dónde no.

El habla popular está perfectamente conseguida y plasmada en la obra. Lo fonético prima sobre el uso normativo del lenguaje. Este logro no solamente muestra

a una autora que conoce perfectamente su idioma y su dialecto, sino también a una escritora valiente, con una voz personal, que no se detiene ante las convenciones lingüísticas, que son solo

eso: convenciones. Realiza una apuesta diferente, original, que no busca impresionar con un léxico culto o elaborado que no casaría en absoluto con el contenido de la novela.

Los rezados de las santiaguadoras canarias, la cotidiana religiosidad, las telenovelas, el reguetón, los borrachos del bar, las mujeres ocupadas en sus labores y también en los chismes del pueblo, el anhelo de las niñas de ir a la playa, tan lejana... Todos estos elementos forman parte del mundo literario que Andrea Abreu López ha creado. Un mundo en el que los adultos y también los niños y niñas no paran de trabajar, ya sea en la tierra del pueblo o en el sur, en los hoteles o limpiando casas que alquilan los extranjeros.

En cierto modo, esta novela está hermanada con la literatura de otra autora canaria, Acerina Cruz Suárez, que desde la isla de Gran Canaria ha reflejado siempre la cara del turismo que también nos enseña ahora Andrea Abreu López. Porque el turismo no solo es riqueza para Canarias o empleo, como se suele vender en los medios de comunicación. En muchas ocasiones, el turismo es sinónimo de precariedad y de todo tipo de miserias y humillaciones silenciosas, como la de tener que limpiar los excrementos esparcidos por toda la estancia cuando unos clientes terminan sus vacaciones en Canarias. Allí se queda la camarera de piso, en la soledad y la suciedad de la habitación.

Uno de los personajes más entrañables es Juanita Banana, un niño al que le encantaba jugar con las niñas y también con sus

muñecas. Lamentablemente, el profundo machismo y la inquebrantable línea que divide por roles de género hacen que reciba paliza tras paliza. Pero no es el único niño que va descubriendo poco a poco su sexualidad: las protagonistas, llegada la pubertad, también lo hacen. Así, la masturbación, la exploración del propio cuerpo y las prácticas sexuales van a tener su papel en la obra. Incluso los abusos sexuales, tan normalizados en la sociedad, van a hacer su aparición en una escena traumática para la voz narradora.

Pero todo ello no ocurre porque sí: las actitudes, los comportamientos y el quehacer cotidiano tienen su reflejo en la cultura que se consume, en el amplio sentido del término: las letras de Aventura, cantante de reguetón; las telenovelas en las que constantemente se relaciona la violencia con el amor; o la manera de jugar, tan definida por roles de género, que impone que las niñas lo hagan con barbís que tienen una delgadez extrema y en las que las niñas proyectan cómo serán sus vidas en el futuro: vida convencional, con casa y necesariamente con marido, a pesar de que esta proyección no concuerde con sus verdaderos sentimientos. Ahí está el origen de todo.

La relación entre ambas protagonistas es un salvavidas continuo para ellas, un balón de oxígeno que les permite ser ellas mismas, jugar, experimentar, reír, vivir.

No obstante, será en el mar, allí donde se acaba el mundo para ellas, donde también termine la historia de amistad y complicidad que las unía. La panza de burro, gris y metálica, que simbólicamente representa la incapacidad de ver el sol, de respirar, de liberarse, la imposibilidad de salir, continúa encima de sus cabezas cuando todo se termina. La voz narradora tiene que afrontar ahora, ella sola, el mayor de los desafíos: el futuro ■